

Las identificación:

Cita de encrucijadas. Encrucijada de citas *

Nadal Vallespir **

« [...] ¿qué importa que yo pase si por tí quedaré, que yo muera si por ser tuyo
[no he de] morir, que yo te pierda si e/perderte es encontrarte?» Fernando Pessoa
(*Libro del desasosiego*)

«Tú no existes, bien lo sé
¿pero sé con seguridad si existo? Yo, que te existo en ¿tendré más vida real que
tú, que la propia vida que te vive?

*Tus manos de tañedora de arpa me cierren los ojos, los párpados
cuando yo muera de haber dado mi vida construyéndote.»*

Fernando Pessoa

(*Libro del desasosiego*)

«Continuamente siento que he sido otro, que he sentido otro, que he pensado
otro.

*Aquello a lo que asisto es un espectáculo con otro escenario. Y aquello a lo que
asisto soy yo.»*

Fernando Pessoa (*Libro del desasosiego*)

* Trabajo galardonado con el premio FEPAL 1994.

** Miembro Titular APU. Héctor Miranda 2389. CP 11300.

Resumen

Un discurrir sobre hechos clínicos y concepciones teóricas de diferentes autores, procedentes de diversas corrientes del pensamiento psicoanalítico, van orientando estas reflexiones sobre las identificaciones. Vasto y complejo tema, siempre enigmático e inagotable. La clínica, las reflexiones, la teoría, re—tornan repitiéndose, resignificándose, retroalimentándose, articulando nuevos cruces y generando otras formas de abordaje.

Desde los albores míticos del sujeto, las identificaciones primaria y secundarias se entretejen y resignifican en un proceso enmarcado por la estructura edípica. Encuentros (y desencuentros) confluyen en una encrucijada donde se dan cita el deseo, el amor, la pérdida, la ausencia, la muerte, el dolor, el duelo. En la que están involucrados el infans y el Otro, el sujeto y su semejante, el otro. Convergencia de citas, de rasgos —rasgo único del semejante del cual el sujeto se apodera, desplazado desde el objeto y condensado en el sujeto— que crean un sentido original. Metáfora y metonimia, gestoras de un proceso que es creación y creador. Integración de la diferencia que instala —por ese mismo acto— una nueva diferencia. Juego de (del) significantes (significante).

Identificaciones imaginarias (narcisistas, especulares) —que mantienen enhiesta la ilusión del falo — y simbólicas (cuyo acceso es franqueado por la castración simbólica y la represión). Corresponden —más bien que a una sucesión cronológica— a una ordenación estructurada en tiempos lógicos. Moldeándose ambas —identificación primaria y secundarias—, solidarias, en una matriz (no exclusivamente) simbólica que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera.

El deseo de la madre forja una imagen que no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Esa imagen es la que el niño va a encontrar en la mirada de la madre, transmisora de su deseo. Imagen que anuda el cuerpo real por advenir con el nombre (simbólico) del niño, ya elegido desde antes de su nacimiento. Real, imaginario y simbólico, entrelazados en esa matriz precursora del espejo.

El grito, vocero del cuerpo surcado por el dolor, lo entrama con el lenguaje. Cuerpo que se hace texto y textura. Cuerpo enlazado a un nombre que, desde antes de nacer, lo inscribe en el discurso, le confiere una filiación, lo sitúa simbólicamente en una

genealogía.

El fantasma, la vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario, el objeto transicional, el objeto *a*, desempeñan también un rol en las identificaciones que instituyen al sujeto —debatándose en su encrucijada— en su alteridad, como un ser existente y discriminado a la vez que provisto de una identidad sexual.

Abstract

Clinical facts and theoretical notions as described by different authors belonging in different schools of psychoanalysis are the guidelines along which I express my own reflections on identifications. A vast, complex, and inexhaustible issue having an enigmatic nature. Our clinical work, our reflections, our theories, they all re-turn, they keep repeating themselves and gaining new meanings, they enter into a feed—back process, are imbricated in new crossroads, and give way to new approaches.

Since the mythic origin of the subject, the primary and secondary identifications are interwoven and resignified in a process framed by the oedipal structure. Meetings (and failed meetings) flow towards a crossroad where wish, love, loss, absence, death, pain, and mourning are present. A crossroad which involves the infans and the Other, the subject and his neighbor, the other. This is a convergence of quotations, of features — the unique feature of the neighbor, which the subject appropriates, shifted from the object and condensed into the subject— which create an original meaning. The metaphor and the metonymy, origin of a process which is both a creation and a creator. Integration of the difference which gives origin —upon its occurrence— to a new difference. A game of the significant(s).

(Narcissistic, mirror) imaginary identifications —which contribute to keeping erect the illusion of the phallus— and symbolic identifications (whose access is granted by repression and symbolic castration). Rather than to a chronological succession, they correspond to an ordering that was structured in logical times. Both the primary and the secondary identifications are solidarily molded into a (not exclusively) symbolic matrix which pre—figures and organizes the mirror, which precedes the birth of the child and awaits for him.

The mother's wish creates an image which would not be limited to her child's being, to his existence independently of hers, but would rather have already been attributed the masculine or feminine sex. This is the image the child will find in his mother's glance, transmitting her wish. An image which knots the future actual body with the (symbolic)

name of the child, already chosen before his birth. The real, the imaginary and the symbolic, all interwoven in this matrix which is anticipating the mirror.

His cry, the spokesman of the body transfixed with pain, links him to the language. A body which becomes both a text and a texture. A body linked to a name which, even before his birth, inscribes the child in a discourse, grants him a filiation, places him symbolically within a genealogy.

The phantasy, a turning round upon the subject's own self and a reversal into the opposite, the transitional object, the objecta, they all play also a role in the identifications which give origin to the subject in his alterity—even if struggling in a crossroad, an existing and discriminated being, but also provided with a sexual identity.

Descriptores:

EDIPO / IDENTIFICACIÓN PRIMARIA

IDENTIFICACIÓN SECUNDARIA / APARATO PSÍQUICO

OTRO / ESTADIO DEL ESPEJO / MATERIAL CLÍNICO

Era yo pero no era yo

«*Como si la tumba de x [su marido] fueran mis huesos; no está afuera en las cosas, está dentro mío.*» Por eso no va al cementerio. Al desestimar su muerte, no puede ubicarlo en un lugar simbólico (inscripción en una lápida). Lo encierra imaginariamente, masivamente, dentro suyo, encapsulándolo como a un cuerpo extraño. Su cuerpo es sudario vivo que procura darle voces por medio de su propia voz. Inquietante paradoja porque al ser tumba es muda. Como durante su adolescencia en que se «*quedaba muda días*». Deslizamiento metonímico (muerto-tumba; contenido-continente) que (des)entraña en su crudeza la identificación imaginaria con su marido muerto, por la cual vida y muerte se confunden.

Cuando tenía dos años sus padres se divorciaron. En ese entonces estaban asentados en un país vecino. Ellos continuaron viviendo allá pero a su hija la dejaron en Montevideo a cargo de los abuelos maternos. No volvió a ver a su padre y sólo esporádicamente era visitada por su madre.

«*Otra vez soñé que me veía a mí misma, mi propia cara en una galería que se perdía,*

con arcos; yo estaba debajo de/primer arco. Todo estaba en una penumbra azul que se iba transformando a lo lejos, cada vez más oscuro, en oscuridad, y mi cara se veía azul. Era como si me estuviera mirando al espejo pero tenía autonomía esa imagen, no era mi reflejo. Y entonces me miraba tristísima y se sonreía. Y me impresionaba mucho la tristeza, el sueño daba la sensación de una gran tristeza, la visión de eso. Entonces yo decía: es mi alma. Eso hace tiempo, hacía poco que había muerto [su esposo]. Hace poco, de tarde, me quedé dormida y soñé que me sentaba en la cama. Hay un espejo y me veía a mí misma pero mi imagen en el espejo estaba completamente congestionada, llorando a gritos. Yo no oía nada, simplemente veía el rostro llorando a gritos.»

Imágenes, espejos, alma: búsqueda incesante de su identidad, de su ser inasible, que se pierde en esa galería sin fondo, hueca, vacía, en esa penumbra cada vez más oscura. Imagen autónoma, no era su reflejo; quizás su madre no pudo sostener con la mirada su cuerpo ilusoriamente unificado: alienación ineluctable en el Otro, preámbulo de la necesaria discriminación. Desencuentro de miradas; rebote en el espejo de la tristeza y la angustia del llanto a gritos, devueltas inmodificadas en el silencio y la oscuridad de la muerte. 4...] *hay más luz cuando alguien habla*». (S. Freud, 1905). El nieto de Freud percibió la luminosidad de la palabra. La voz calma el grito y hiende la oscuridad, que es silencio.

En una oportunidad, actuó en una representación teatral integrando un grupo de aficionados. *«Yo estuve bastante contrariada porque me cambiaron el vestuario a último momento, sobre todo porque tengo que ir de pantalones, entonces no me entusiasman mucho, aunque reconozco que quedan bien.[...]*

Me gustaba mucho la pollera que yo había elegido. [...] Ahora me siento forzada de los pies a la cabeza. Y por otra parte e/personaje tiene de esos elementos que uno puede llamar masculinos en el sentido de que es muy agresiva. Y yo no quería subrayar eso con los pantalones. Me parece que es ponerla de una sola pieza y no es de una sola pieza. Toda la arrogancia que tiene y la agresividad es esconder su desolación como mujer; su soledad, el desastre que ha sido su vida, como le dice la mamá.» Su madre, en sus infrecuentes viajes a Montevideo, le decía: *«tenés el pie grande», «tenés la boca grande», «tenés modales feos»,* lo que podría ser escuchado como: *«sos un desastre».*

El desastre que ha sido su vida, su desolación como mujer, su fallida identificación primaria. Vestirse con ropa de hombre, adquirir una identidad (parcialmente) masculina, es ponerse de una sola pieza, lograr una unidad permanentemente en zozobra. En una

sesión cuenta que se le rompió un espejo. ¿Su imagen esparcida en fragmentos?

«Lo que acabo de soñar, ¡qué raro! Soñé que me tallaban, un árbol enorme, en e/tronco, la parte más baja, mi fotografía, un fotógrafo. Un árbol inmenso, un ombú, pero de madera más dura y más oscuro. Lo curioso era que yo estaba representando a Marilyn Monroe. O sea que tallaban mi fotografía disfrazada de Marilyn Monroe. Y después volvíamos como si estuviéramos paseando en un auto con estas dos muchachas que fui para afuera y lo mirábamos como si hiciera mucho tiempo que estaba eso ahí Y había gente que, comentando, decía: ‘es parecida’. Tenía colores además, el vestido era como verde y azul. El pelo rubio. Una amiga mía hace tallasen madera. Empieza a tallar lo que salga, uno entra a la casa y está entre un bosque de tallas. Tiene un ritmo muy sereno, muy lento para todo, pero cuando se pone a hacer algo lo hace en serio y lo termina. Medio complicado, ¿no?, el sueño. Ese desdoblamiento, era yo pero no era yo, era mi retrato pero representaba a otra. Cuando lo miraba sin decir que era yo, esperaba qué pensaban los demás u oía qué decían los demás. Había algo que me resultaba doloroso y era tallar en el árbol vivo porque iba muy hondo la tal/a, dejaba un hueco, sabía que no se iba a secar pero quedaba una herida en el árbol. Me inquietaba, me parecía impropio, me parecía una profanación. Lo impropio sería tallar la imagen de una muerta a través mío en un árbol vivo. Y cuando contemplaba con otra gente sin decir que era yo me parecía que todo eso no alcanzaba para nada, no servía para nada, repetir una imagen nuevamente, otra más. Los imitadores de Marilyn son como los imitadores de Gardel, una cosa así, no sirven para nada.»

Una de sus asociaciones es con un árbol de Navidad que uno de sus hijos estuvo haciendo el día anterior. «Y después de noche quedó el árbol armado; creo que lo transformé en el sueño en ese árbol de verdad y tan grande.»

Un árbol de Navidad, de nacimiento, de vida, es reemplazado en el sueño por un árbol vivo, sí, pero portador de muerte. En el árbol tallado queda un hueco pero sin resonancias, casi sin respuesta a no ser la imagen de una muerta. Reflejo que el espejo le devuelve. Mirada vacía e indiferente de su madre, incapaz de investirla libidinalmente, de darle afecto, de afectarla. ¿Cómo se vio mirada por su madre si en el sueño su imagen es una muerta? Lo doloroso de tallar en el árbol vivo, lo impropio, la profanación, la herida, manifiestan la profanación de su cuerpo-tumba. Ese cuerpo profanado, hendido, tallado a lo que salga, busca con desesperación sus fronteras a través del dolor que denuncia la solución de continuidad en la piel y la existencia del límite corporal. Dolor que es afecto; cuerpo que quiere ser afectado, marcado por el

dolor. Doloroso es también no haber asumido su identidad.

Marilyn Monroe, símbolo sexual de su época, disfraz imaginarlo, imagen ortopédica que —como sus mimetizaciones, imágenes repetidas— sostiene vacilante su ser y su identidad femenina. Rubia como su madre, actriz como cree que podrían haberlo sido ésta y ella misma debido a sus condiciones. [...] *era yo pero no era yo* [...]: contradicción que revela una falla en su estructuración psíquica. Des—encontrando—se en las miradas con su madre, se reconoce a medias en el Otro sin encontrar su identidad. Busca ser reconocida: «*Cuando lo miraba, sin decir que era yo, esperaba qué pensaban los demás u oía qué decían los demás*»¹.

«Hace tiempo soñé con un bosque de árboles quemados, grises, calcinados, que flotaban en una neblina, por donde yo pasaba, paisaje totalmente gris; y esos árboles, cada uno de ellos eran hombres. Y todos tenían la expresión, yo veía caras, eran todos distintos, pero tenían la misma expresión. Y yo decía: eso que expresan es el dolor ante la existencia. Nadie hablaba, ni ellos ni yo, pero yo los entendía. Y decía: qué injusta que fui con los hombres. Porque sufren. Además ese entendimiento era como un acto de amor, yo sentía un profundo amor. Se me juntaba esa imagen con otra muy reiterada en los sueños de personas alineadas que van a ser fusiladas, que se disponen a morir a ser ejecutadas, todas en fila u ordenadas así como en un bosque los árboles. Esos hombres estaban muertos y se iban a morir, las dos cosas; estaban como en un limbo. El purgatorio, ¿no?»

«Soñar con árboles calcinados, quemados, y después soñar con un árbol vivo, pienso que de alguna forma es más positivo. El primero era un sueño totalmente gris, espantoso, pero en este si bien era pesadillesco y con cosas que me atormentaban, el árbol era gigantesco, tenía mucha vida y era uno solo además.»

En casi todos estos sueños, el silencio es un componente destacado. Esos árboles

¹ Dice en otro momento: «Pienso que si hubiera hecho teatro, aunque el teatro fuera una metáfora de algo que busco, me habría juntado con una imagen de mí misma, por/o menos; no sé si más real pero sí más grata. [...] Pienso que tengo la imagen corrida de mí misma, desfásada. La identidad, mi identidad es lo que busco. [...] Siento mi vida toda como una historia de desconocimientos, que me han desconocido sistemáticamente y quizás por eso haya desarrollado [...] esa capacidad un poco mimética de ponerme en el lugar del otro. Cuando me siento escindida en múltiples pedacitos, solamente me reencuentro en el diálogo, me verifico, y creía que podía construirme en un diálogo, en una relación; creía, no creo más; y que podía dar.» Siente que realmente viviría si actuara, representara un personaje, como una vez lo hizo. La mimetización es con sus amigas y con el que fue su marido. El diálogo, la palabra, lo simbólico, realizador titubeante de una estructuración y un re-encuentro re-petidamente fallidos. Tan fallidos como (por) el encuentro originario.

quemados, grises, calcinados, que al mismo tiempo son hombres, semejan fósiles mudos que en el interior de la paciente cobran vida. El silencio

¿da cuenta de la ausencia de la voz de su madre en los primeros intercambios con ella? Carencia dislocante de una envoltura sonora que la contenga.

En una sesión, quejándose de las exigencias que siente que le son impuestas por ser mujer, concluye: «*¿Como para estar chocho [!] del sexo femenino!*» Sus dificultades en las relaciones de pareja y en el ejercicio de la maternidad son importantes. No puede lograr un vínculo adecuado ni con los hombres tú con sus hijos. Su marido era homosexual. Se refiere así a la más estable de las relaciones que tuvo posteriormente: «*En el momento que empezó la relación lo que pretendía era que fuera hombre. Había quedado con la idea de que todos los hombres eran homosexuales [...].*» Proyección de su propia conflictiva.

«*Yo me acuerdo de hace mucho tiempo [...] Hacíamos karate y todo iba muy bien pero cuando había que hacer combate yo no podía pegar, paraba los golpes pero no podía pegar. Y otra cosa que no podía hacer, que no puedo hacer, es dar vuelta carnero, me da terror, no sé miedo a qué, miedo a perder el punto de apoyo, a ese breve momento en que no tengo los pies en la tierra. Para dar vuelta carnero me desparramaba así [ríe] arriba del profesor.*»

«*Agredir sería como desparramarse.* » Y su vestuario «*es duro, no es una cosa envolvente como yo quería.*»

Teme la pérdida de la realidad, del contacto: ni por un momento puede dejar de tener los pies sobre la tierra. Teme desparramarse, su yo podría fragmentarse. Miedo a la locura y la muerte: dejar de ser, pérdida de su existencia tan precaria. Me habla de contactos corporales (tan faltantes con su madre): el karate, el desparramarse encima del profesor. Continente que la envuelve y la limita. Necesita ropa envolvente que la contenga, la confine, le impida perderse, desparramarse. Busca sus límites en el contacto con el cuerpo. Pero también lo elude: no me da la mano ni al entrar ni al salir del consultorio, en los confines de la sesión, que así desconoce. Parar los golpes y la imposibilidad de pegar serían intentos de evitar la confusión, de erigir una barrera entre lo interno que puede desparramarse afuera— y lo externo —capaz de penetrarla—.

«*Cuando nací tuvieron que utilizar el fórceps [...] Yo siento, el embarazo y el parto de mi madre, no me tuvo en cuenta para nada a mí. En primer término estaba ella que estaba embarazada y que engordó horriblemente y después un parto sin gracia, sin*

colaborar en nada, es decir, no se había cuidado para ese parto y no sabía nada de lo que le podía pasaren ese parto. Todo tan impreciso: pensaban que yo iba a nacer en febrero y nací en abril. Se supone que me salvé por casualidad, nací totalmente asfixiada, por eso tengo horror a los lugares cerrados [...].»

Historia de desconocimientos, imagen de sí misma desfasada como su propio nacimiento, salvada por casualidad, búsqueda de una identidad siempre esquiva. La madre no la tuvo en cuenta. Durante el embarazo seguramente no pensó, no imaginó a su hija, no la anticipó en una imagen pre-formadora.

«Yo siempre fui llamada ‘la nena’ en casa y siempre me pareció rarísimo cuando me llamaban por mi nombre; aun que me llamaban a menudo nunca logré identificarme con mi nombre en mi casa. Mi nombre lo encontraba en mis amigos, mis amigas, con mis compañeros, pero nunca en lo que era mi familia, ¿no? Entonces el sexo y el sexo opuesto y mi estar en el mundo en ese aspecto lo tuve que ir asimilando sola y experimentando sola también.»

Identificarse con su nombre es algo inherente a su identidad, a su filiación; es ser tornada en cierta medida por el deseo de su (sus) madre (padres) vehiculizado en él ².

«Supongo que e/padre de mamá fue e/padrastro de abuela. Ella contaba que era tan ignorante que estaba embarazada y no sabía qué iba a pasar, por donde iba a salir el chiquilín; que tampoco se atrevía a preguntar.»

² Cuando M. Klein (1955) analiza la novela «Si yo fuera usted» de Julien Green, señala: «[...] el nombre era una parte esencial de la fórmula mágica, y es importante que la primera cosa que se le ocurre cuando, bajo la influencia de Elise, experimenta la urgencia de recuperar su anterior personalidad, sea el nombre Fabián.» Agrega M. Klein que «su atracción hacia ella [Elise] —hacia sus ojos nostálgicos— se debía, como lo hace notar el autor, a una identificación con ella. Por un momento se siente tentado a transformarse en ella [...]». La fórmula mágica le es suministrada por el diablo, quien lo seduce para que acepte el don de transformarse en otras personas. Lo último que Fabián pronuncia antes de morir es: «Padre nuestro», invocación al padre muerto prematuramente o, mejor, al Nombre del Padre, cuya falla determinó perturbaciones en sus identificaciones primaria y secundarias. Seducido por el diablo, se identifica sucesivamente con diversos personajes. Ineludible reiteración de imágenes ortopédicas de su yo precario. Seducido por los ojos (¿o la mirada?) de Elise se identifica con ella. Su muerte es la propia de las relaciones duales: yo o tú, el uno o el otro. Podríamos también pensar así la imagen tallada de Marilyn Monroe en el sueño de la paciente.

Seducción, muerte, que A. Vallejo (1979) articula acertadamente con las identificaciones. «[...] toda identificación, en tanto que es capaz de seducirnos para ejecutar el acto identificatorio -el acortamiento de la distancia- es una identificación con la muerte. Alienarse en el otro, responder al otro, demandar ser el otro: yo quiero ser ese niño, es responder a la demanda del Otro. Y la demanda del Otro es una coalescencia de deseos, es la búsqueda de una reunificación en el gran Otro, ya sea este gran Otro Dios, el Nombre del Padre o la Ley.» «Narciso muere en su intento de identificación no porque quiere ser él de una manera absolutamente sin distancia sino que muere porque no quiere ser él, quiere ser el otro determinado, signado, legalizado por el Otro.»

Las diferencias generacionales se disuelven en una unión «incestuosa». Supuesta por la analizante pero no por ello menos eficaz.

«Es más profundo que ser mujer, más primitivo; es ser, ser yo. A partir de eso se puede ser una cosa o la otra.» Lo dicho por esta paciente coincide con las ideas de J. McDougall (1973) al respecto: *«Para tener un sexo y un sentimiento de identidad sexual, primero hay que tener un cuerpo y una existencia individual. Sin esto, la sexualidad corre el riesgo de verse utilizada únicamente para reparar las fallas en el sentimiento de identidad [...]. Al drama de la alteridad le sucede el drama de la diferencia de sexos [...].»*

«Soy homosexual», dice un paciente, y su identidad sexual lo constituye en lo que «es» (C. Martínez de Bagattini, 1993). Es que no se es independientemente de ser hombre o ser mujer... O ser homosexual. La identidad es inseparable de la identidad sexual. Yo soy en tanto soy hombre o soy mujer. «Yo soy Fulano» o «Yo soy Mengana»: desde el nombre, la identidad en cuanto sujeto discriminado es inevitablemente también identidad sexual. Habría que preguntarse si la alteridad y la diferencia de sexos conforman dramas sucesivos o si, por el contrario, el cuerpo es sostén, soporte de una identidad que se constituye a la vez —en un doble movimiento de alienación en el Otro y discriminación de él— como identidad sexual. En todo caso, ¿no deberíamos pensar más bien en un orden lógico que en una secuencia cronológica? Incluso en el mismo trabajo de 1973 J. McDougall afirma: *«En cuanto a sentimiento de identidad sexual, diversas investigaciones han demostrado que la madre tiene, desde el comienzo, actitudes diferentes con respecto al niño según su sexo, lo que marca, muy precozmente, el sentimiento de identidad sexuada del niño.»* La madre, al desear e investir a su hijo como otro separado de ella, posibilitando la discriminación, lo desea simultáneamente como varón o como nena. Marca del deseo del hijo por el deseo de la madre. Marca del deseo por la falta, la castración (la muerte) como acto fundante.

En «Realidad y juego» (1971), D. W. Winnicott considera por separado los elementos masculino y femenino puros, constituyentes ambos tanto del hombre como de la mujer. Vincula el elemento femenino con el ser, con la identidad primaria, siendo la madre suficientemente buena quien lo proporciona, ofreciéndole al niño la oportunidad de sentir que el pecho es él. El elemento masculino, por su parte, se corresponde con el hacer (tanto en forma activa como pasiva), con el presupuesto de la separación del objeto, con el impulso relacionado con los objetos. El elemento femenino parecería, por lo tanto, preceder en su constitución al masculino, pero de todos modos ambos estarían conformándose muy tempranamente. « [...] los cimientos para el simple ser pueden

quedar establecidos (digamos) desde el momento del nacimiento, o antes, o poco después [...].» (D. W. Winnicott, 1971).

Una muchacha de modales masculinos

«Supongamos que veo ante nosotros una muchacha de modales masculinos.

Un ente humano vulgar dirá de ella ‘Esa muchacha parece un muchachos

Otro ente humano y vulgar, ya más cerca de la conciencia de que hablar es decir, dirá de e/la ‘Esa muchacha es un muchacho’. Otro [...] más animado por el afecto de la concisión [...]

dirá de ella ‘Ese muchacho’.

Yo diré ‘Esa muchacho’ [...].»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Una adolescente con fallas en su identificación primaria se integra a un grupo de varones, asumiendo el liderazgo. Con una aguja «quemada» impregnada de tinta azul se graba en su brazo dos letras: la primera corresponde a la inicial de su nombre de pila y la otra a la primera letra del número de integrantes del grupo. Sus conductas muestran los trastornos en la identificación femenina, siendo totalmente acordes a las de sus compañeros. Pienso que su identificación masculina se entrelaza con la identificación primaria, aunque no en la forma en que lo plantea J. McDougall. Creo, más bien, que están interactuando desde el comienzo mismo. Las dos letras, a modo de iniciales de nombre y apellido, le otorgan una filiación que parece estar inexorablemente ligada a su pertenencia al grupo, que se constituye en soporte de su inestable identidad.

El lenguaje es cuerpo. «Las palabras son para mi cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas.» (F. Pessoa, 1991). Y el cuerpo es lenguaje. El cuerpo imaginario de esta chica, herido por lo simbólico, sufre el dolor real ocasionado por esa marca en su superficie, límite que permite su frágil discriminación. Del cuerpo al significante a través del dolor. El cuerpo no afectado, desprovisto de afecto, debe ser marcado a fuego por ella misma. Marcado por el nombre, que es marca. Para M. Casas de Pereda (1992) «II. .4 el niño [es] escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre [...] ». Esta adolescente escribe dolorosamente en su cuerpo las letras que no escuchó decir a su madre.

Cuando un compañero le dice a otra chica que ella es hombre, le pega para defender

—al modo masculino— su femineidad. Así como —muy niña aún— vio al padre pegarle a su hermana mayor para impedírsela. Creo que la actitud del padre con respecto a sus hijas se constituyó en un factor determinante de la sexualidad de éstas desde el inicio.

Edipo siempre

«Si son posibles las identificaciones, es en la medida en que algo se estructura para el sujeto en esa relación triádica constituida en el nivel del significante; sí puede dar a sus vivencias tal o cual sentido, es en esa relación.»

Jacques Lacan

(Las formaciones del inconciente)

Coincido con M. Casas de Pereda (1986) cuando considera las identificaciones como « [. . .] un amplio y progresivo proceso identificatorio que tiene por fondo una estructura edípica.» Pienso que en él convergen diversos factores, algunos de los cuales contribuyen simultáneamente al establecimiento de las identificaciones primarias y secundarias. Se producen re-significaciones en cada una de ellas y entre las mismas durante el proceso de su constitución, en ciertos momentos (tiempos lógicos) del mismo.

Las identificaciones secundarias se resignificarían privilegiadamente a punto de partida de la represión del complejo de Edipo pero su origen tendría lugar en un tiempo lógico anterior en el cual el deseo de la madre es de vital importancia. Deseo que transmite el del padre y el de las generaciones anteriores. La mirada de la madre, la elección del nombre, revelan su deseo. Agreguemos el papel que juega la voz. Suspendida en el aire, perdida apenas aferrada, es objeto de la pulsión invocante, objeto *a* del deseo procedente del Otro. La voz invoca y procura obtener la voz del Otro. Como voz busca la voz. Pecho, heces, voz, mirada: objetos perdidos, desprendidos del cuerpo, estructurantes en (de) los intercambios madre-bebé. Modalidades del objeto *a*, que da cuenta de la división e incompletud del sujeto; objetos de las pulsiones parciales.

El yo ideal —conformado según Lacan en el estadio del espejo no sólo es la matriz capaz de albergar y sostener identificaciones ulteriores sino que desde un mítico origen se inter-relaciona con las identificaciones secundarias, constituyentes del ideal del yo. Estas últimas identificaciones estarán en la base de la orientación sexual masculina o

femenina del sujeto. Papel tipificante en el deseo del sujeto. En el tercer tiempo del Edipo lacaniano, «[...] *el padre interviene como aquel que tiene el falo y no que es tal, [...] es más preferido que la madre y esta identificación culmina en la formación del ideal del yo.*» (J. Lacan, 1957—1958). El varón —en la medida en que amor e identificación están estrechamente relacionados— debe inevitablemente amar al padre para identificarse con él. Corriendo el peligro de la homosexualidad. La niña, que reconoce su carencia de falo, sabe donde ir a buscarlo. Se identifica con la madre, para quien el falo ha sido reinstaurado por el padre como objeto deseado por ella. Pero también, al ser privada de lo que espera, el amor al padre se transforma en identificación con éste. Más bien «[...] *con ciertos elementos significantes, de los que es el soporte, digamos las insignias del padre: el sujeto se presentará pues bajo la máscara, bajo las insignias de la masculinidad [...]*». (J. Lacan, 1957—1958).

El superyo o ideal del yo es, para Freud, el heredero del complejo de Edipo. Pero considera que proviene también del superyo de los padres (erigido en modelo), transmisor de la tradición, así como de restos de palabra (lo oído). Según Lacan, el superyo resulta de la identificación con el padre imaginario, el padre obscuro y feroz de la horda primordial.

La inscripción de una pérdida

«Miro hacia ti, dentro de mi novia supuesta, y ya nos desavenimos antes de que existas.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

En numerosos trabajos D. Gil se ocupa del espinoso tema de la identificación primaria. Me interesa subrayar sus ideas acerca de las relaciones entre la identificación primaria y la secundaria así como las concernientes a la identificación de género: [...] *el niño tempranamente se ubica, y es ubicado, como varón o como niña. Al nacer, le dan un nombre y un sexo, que para el niño será en principio sólo de género.*» Y dentro de la identificación primaria distingue dos etapas o procesos, de los cuales el b) es [...] *el de la identificación y elección de objeto de género (se las podría llamar sexuales pre-castrativas) donde ya se esboza y donde se apoyará la identificación secundaria (edípica).*» (D. Gil, 1988). S. Freud (1905) es claro al afirmar: «*Cuando [la madre] enseña al niño a amar, no hace sino cumplir su cometido; es que debe convertirse en un*

hombre íntegro [...]».

M. Klein (1955) sostiene que *«la identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes de/yo y de la proyección de las mismas sobre (o aún mejor en) otra persona»* y que *«[...] la internalización es de la mayor importancia para los procesos proyectivos, en particular que el pecho bueno internalizado actúa como punto focal en el yo [...]».*

Necesidad, deseo y demanda caracterizan el tipo de relación significativa al Otro. *«[...] según el modo significativo de ser arrancado, es decir, según la posición en la que el Otro se presenta, el seno se recorta con la demanda al Otro; los excrementos, con la demanda del Otro; la mirada, con el deseo al Otro, y la voz, con el deseo proveniente del Otro.»* (J. D. Nasio, 1986).

Aunque los sentimientos del lactante *«[...] se centran en la relación alimentaria con la madre, representada por el pecho, otros aspectos de la madre intervienen ya en la primera relación con ella, pues aún el niño muy pequeño responde a la sonrisa de la madre, a sus manos, a su voz, al hecho de que lo abraza en brazos o atiende sus necesidades.»* (M. Klein, 1952).

El niño responde a la mirada de la madre, a su sonrisa, a sus manos, a su voz, a sus brazos, a su atención, significantes no verbales, efectores —junto a la palabra— del deseo y la demanda. Y, a su vez, desea y demanda, por medio de sus significantes. La madre es para el niño seno, mirada, heces, voz. Y debe perderla, perder al objeto *a*, porque esta pérdida permitirá la discriminación necesaria para identificarse. *«[...] esta pérdida es la condición primordial de la identidad psíquica [...]»* (J. McDougall, 1973). La identificación es con el objeto, con el pecho en cuanto perdido. Pérdida, ausencia del objeto, muerte que está en la base de las identificaciones. Pérdida que es precursora de la castración y, a su vez, es resignificada por ella. Encuentros y desencuentros, obtención y pérdida, van estructurando a la criatura humana. El pecho que produjo la vivencia de satisfacción, que satisfizo la necesidad, se pierde. Y es en tanto perdido (huella, imagen mnémica, representación, inscripción estructurante en lo inconciente) que se constituye como objeto causa del deseo, motor del aparato psíquico.

La voz que se pierde en el silencio, la mirada que se desvanece en la oscuridad y en la autonomía de la imagen, el llanto a gritos de la demanda insatisfecha, reconducen — en los sueños de la primera paciente— a un tiempo primordial. Tiempo mítico — desembarazado de las estrecheces de una concepción exclusivamente genética— en que lenguaje, muerte y deseo ya están presentes, constituyentes—constitutivos de la

condición humana. Condición que implica el advenimiento del sujeto como ser humano en tanto que hombre o mujer.

Verme porque tengo que verme

«¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?»

Fernando Pessoa

(*Libro del desasosiego*)

Un analizante, cuando niño, al ser dejado solo en su casa, se vestía con las ropas de su madre o de su hermana, contemplándose luego en el espejo. ¿Desmentida de la ausencia de la madre (fálica)? Desmentida de su castración. Ser el falo de la madre (metonimia de ella) para ser, existir.

Falo imaginario oculto bajo las vestimentas maternas. «Vivo mirándome en el espejo». El espejo le infunde vida al devolverle la imagen de su cuerpo—falo recubierto—madre fálica. Imagen con la que se identifica mediante la vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario. Libido que, desde el sujeto, inviste la imagen (madre fálica), revirtiéndose sobre él, vestido como falo de la madre. Mira y, al mirar, es mirado. Imagen alienante que buscará, fuera del espejo, en los travestis en procura de una identidad siempre incierta y claudicante. Relata que se sintió muerto cuando una chica se rehusó a continuar saliendo con él. En otra ocasión se refirió a su necesidad de «*verme [con una mujer] porque tengo que verme*». Búsqueda imperiosa e incesante del espejo, de la imagen, que le confirme —al mirarse mirado— que está vivo.

Siendo el falo de la madre se goza y se la hace gozar a ella. La cristalización en esta posición es la muerte del sujeto de deseo. El incesto es goce, fusión, retorno ineludible al sitio imantado del no-retorno. Goce que es extinción del deseo, fusión sin retorno con la madre—naturaleza, unión imperecedera con la madre—tierra, muerte, en fin, ¿que hace posible el encuentro imposible con el objeto *a*?

A diferencia del nieto de Freud, que en el juego del carretel simboliza la ausencia —y la presencia— de su madre, conjugando deseo y trabajo de duelo, este analizante sufre perturbaciones en el proceso de simbolización. La ausencia lo sumerge en una soledad desesperante, lanzándolo a una búsqueda frenética, siempre recomenzada, de mujeres que en algunos aspectos se le parecen. Quiere salir con «*una chica ya conocida [alguien con quien salió o quiso salir anteriormente], una para atrás*». Lo atraen las mujeres dominantes. Establece sucesivamente vínculos de visado—masoquista, alternando los lugares, re—tornando los reflejos. Alienado en la huidiza imagen del otro no puede vivir sin ella, abandonándola o haciéndose dejar —cuando teme la fusión— y

recuperándola en un juego angustiante, en el que pocas veces logra la calma. Juego imaginario, de fascinaciones que a veces lo capturan en redes enmarañadas, a las que debe rasgar para interrogarse sobre su identidad. Aprisionado en la seducción especular, desmiente la ausencia, procurando una presencia sin desgarros. De lo contrario, se desespera. No puede tolerar la ausencia. Su deseo queda confinado en ser el falo de su madre (en consecuencia) fálica. El duelo —lugar horadado por la falta, que lo inaugura— no puede instalarse, ahogado en la coalescencia de imágenes.

El niño del Fort—Da, por el contrario, juega simbólicamente con su imagen recién descubierta, haciéndola desaparecer como desaparece su madre. M. Casas de Pereda (1993) señala acertadamente el papel estructurante de la desmentida y recurre al ejemplo del nieto de Freud. «*Cuando se pueda con la ausencia —asegura— no se necesitará recurrir a la desmentida.*» Concuero con su planteo ya que la desmentida en este caso no adquirirá la rigidez de un mecanismo patológico sino que posibilitará (será sucedida por) la aceptación y la instalación de la represión. Habría una movilidad, una plasticidad mayor que en el paciente. En quien el mecanismo permanecería coagulado, afincado en la imagen especular, mientras que en el niño del carretel acompañaría el juego alternante de desapariciones y reapariciones.

Así, puestos en juego tanto el juego del deseo como el duelo a tramitar, circulan y hacen circular a los elementos constituyentes de las identificaciones. Detrás del espejo no hay imagen: sólo la muerte como ausencia. Esto permite la identificación especular constitutiva del yo. Se pierde —y en el mismo movimiento se funda el sujeto, quedando forcluido, alienado por su división. Envuelto en los ropajes del yo no puede saber sobre sí mismo. El analizando, atascado en las vestimentas de su madre, modela su yo con alteraciones, perturbándose solidariamente su identificación sexual. Intenta ser el falo mirado por la madre al contemplarse en el espejo con la ropa de ésta. Al constituirse como ser existente se identifica imaginariamente con su madre en una orientación femenina. El tiene que ser su madre (¿su metáfora?) para sustentar la desmentida de su ausencia.

De vida o muerte

*«Si quiero decir que existo, diré ‘Soy’.
Si quiero decir que existo como alma separada, diré ‘Soy yo’. Pero si quiero decir
que existo como entidad que a sí misma
se dirige y forma,
que ejerce junto a sí misma la función divina de crearse[...]
diré ‘Me soy’. »*

Fernando Pessoa
(Libro del desasosiego)

A medias Martín

(La sombra De Marcos)

*«Somos muerte. Esto, que consideramos vida, es el sueño de
la vida real,
la muerte de lo que verdaderamente somos. Los muertos
nacen, no mueren.
Están trocados, para nosotros, los mundos.
Cuando creemos que vivimos, estamos muertos;
vamos a vivir cuando estamos moribundos.»*

Fernando Pessoa
(Libro del desasosiego)

E. Pérez de Plá (1991) y S. Sapriza (1993) consideran la importancia de lo transgeneracional. S. Sapriza se refiere a lo que algunos autores actuales denominan identificaciones alienantes. Su paciente niño reproduce en sus síntomas lo traumático vivido por su padre, desmentido, no tramitado, excluido del discurso familiar. Queda así sometido a la historia de aquel.

El paciente de E. Pérez de Plá no recibe una ubicación simbólica en la genealogía familiar sino que es retrotraído imaginariamente al lugar de un tío materno muerto a los dieciocho meses de edad.

La primera sílaba del nombre de Marcos se repite ominosamente en Martín, segundo varón de la fratría como su tío. *«Todos los objetos que habían pertenecido al bebé fueron guardados cuidadosamente como esperando su vuelta.»* Y su vuelta se da al nacer Martín, con quien emplean la toalla y la colonia a medio usar del muerto. El padre permite todo casi sin intervenir. Martín responde al deseo de su madre y su abuela identificándose imaginariamente con aquel. Es un fantasma que no puede verse en el espejo o él mismo es espejo. No es deseado por su madre como sujeto diferente al tío muerto. *«[...] el mejor lugar para no verse es ser el espejo mismo [...].»* (E. Pérez de Plá, 1991). Pero es también el mejor lugar para que otro pueda verse. Fantasma-espejo en que es visto el muerto, no tiene, en cambio, imagen propia. No la ha recibido de aquella que podría habérsela ofrecido.

P. Castoriadis—Aulagnier (1963) sostiene que *«en la mayoría de los casos, el comienzo del embarazo coincide con la instauración de una relación imaginaria o la acentúa; en ella el sujeto hijo no se halla representado por lo que en su realidad es — un embrión en vías de desarrollo— sino por lo que en otra parte he denominado cuerpo imaginado, o sea, un cuerpo ya completo y unificado, dotado de todos los atributos necesarios para ello. [...] sobre esa imagen, soporte imaginario del embrión, se vuelca la libido materna»*. A la madre del psicótico, en cambio, le resultaría imposible esa representación imaginaria. Al preguntar Martín: *«Mamá, ¿yo vivía en tu panza antes de nacer?»*, ella le responde: *«Los niños viven cuando salen de la panza, antes son fetos»*. (E. Pérez de Plá, 1991).

P. Castoriadis—Aulagnier (1963) considera que el *«[...] cuerpo [es] imaginariamente concebido como sexuado y autónomo»*. Pienso igualmente que la imagen forjada por el deseo de la madre no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Aun antes de que el sexo sea revelado por la ecografía. Imagen que anuda el cuerpo real por advenir con el nombre (simbólico) del niño, ya elegido desde antes de su nacimiento. Real, imaginario y simbólico, entrelazados en una matriz precursora del espejo, donde se moldearán las identificaciones primaria y secundarias. Matriz (no exclusivamente) simbólica que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera.

Esa imagen es la que el niño va a encontrar en la mirada de la madre, trasmisora de su deseo, ya que, como afirma P. Castoriadis—Aulagnier, al comienzo de la vida dicha imagen se superpone al niño. Es la imagen que Martín no encontró. La muerte del tío ¿desestimada? retorna como ausencia (¿alucinación negativa?) de su imagen en el

espejo. Ser el tío muerto trastoca las diferencias generacionales y concomitantemente —pienso— las sexuales. No posee imagen, recordándome a Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra. Ni de hombre ni de mujer. *«Es por el sesgo del reconocimiento del Otro que debe pasar el del sujeto. Por lo mismo que el Otro lo ha reconocido desde un principio como el equivalente del «cuerpo imaginado», que lo ha precedido, puede reconocer en el ego especular su Yo ideal.»* (P. Castoriadis—Aulagnier, 1963).

J. García (1993) vincula al sepultamiento del complejo de Edipo la ubicación simbólica en una genealogía. Este sepultamiento —escribe— [...] *implica la castración de la madre fálica, la aceptación de la diferencia de sexos, la prohibición de los objetos incestuosos, el reconocimiento del padre y la ubicación simbólica en una genealogía familiar*». Por mi parte, considero que se produce desde antes del nacimiento, recibiendo resignificaciones tanto al nacer como al reprimir el complejo de Edipo. La represión tiene, pues, su papel. La estructura edípica pre-existe al sujeto, lo antecede y le confiere ex-sistencia. Cuando se elige su nombre, cuando se le nombra, es situado simbólicamente en una genealogía, es inscrito en el discurso con una filiación³.

Los fantasmas originarios, mitos de los orígenes, entramados con las teorías sexuales infantiles, procuran dar cuenta de los orígenes míticos de la vida, de la sexualidad, de la diferencia de sexos. Urdidos por el deseo, despliegan en su escenario universal y privado la fatalidad específicamente humana del Edipo y la castración. Prohibición del incesto, ley suprema a la que las demás prohibiciones se subordinan y reconducen; castración simbólica; ley de la diferencia de sexos: ya están allí desde antes que el sujeto ex-sista.

Los tres tiempos del Edipo en Lacan, desde la identificación al falo hasta la orientación sexual masculina o femenina plasmada en el ideal del yo—problemática del

³ El nombre nos da un lugar en la estructura y afirma nuestra existencia. Ya antes de que Juanito naciera se sabía que iba a haber un Juanito. Cuando decimos: *«falta Fulano»* su ausencia está referida a una posible presencia. Presencia correlativa a ese lugar simbólico otorgado por el nombre. Ya Freud postuló la gravitación del deseo de los padres en la constitución del sujeto. Señaló también la importancia de los nombres, aunque fue fundamentalmente Abraham quien destacó su poder determinante. Poder determinante sostenido -a mi entender- doblemente: desde el nombre mismo y desde el deseo de la madre (de los padres) vehiculizado -aunque no sólo en él- por ese nombre. Hay padres que, nacido ya su hijo, no tienen aún un nombre para él. Como si no existiera. Este hecho va a incidir en las identificaciones del bebé. Las numerosas variantes en la elección del nombre tienen enorme influencia. Recuerdo una entrevista en la que un sujeto homosexual me explicó el origen de sus desusados nombres. Ambos provenían de familiares. El primero condensaba fragmentos de dos nombres, uno de los cuales pertenecía a una mujer. El segundo era un nombre de hombre invertido. Sin duda contribuyeron -desde el deseo de sus padres- a la alteración de la formación de su yo y de su orientación sexual. La analizanda que se soñó M. Monroe no era llamada habitualmente por su nombre. En su familia le decían: *«Nena»*.

ser y el tener—, no transcurren, a mi entender, en una sucesión genética sino que deben ser comprendidos como tiempos lógicos realizándose en una estructura. Incluso si las diferencias sexuales en un momento primordial, siempre incierto, se expresan por una diferencia de género, la oposición misma de sus términos pertenece al orden simbólico. Este atraviesa las diversas polaridades que, transitando por los registros pulsionales prevalentes, culminan en la disyuntiva de los términos —jamás disjuntos— masculino y femenino. Prefiero referirme, sin desviarme de Freud, al lenguaje pulsional. Podríamos pensar así que la oposición sexual (masculino—femenino) se exterioriza en diferentes registros (por diversos lenguajes) según la pulsión de que se trate.

D. W. Winnicott (1971) considera al rostro de la madre como el precursor del espejo. Pienso que su mirada revelará a su bebé lo que denominé matriz precursora del espejo, ligándola al espejo mismo y dejando su huella, su inscripción, su marca, en lo inconciente del hijo —saber que no se sabe—. Deseo que fundará el deseo del hijo como deseo del Otro, deseo de deseo.

La madre de Martín acostumbra llamarlo de modo cariñoso diciéndole «*Mamita*». E. Pérez de Plá aclara que es común en México llamar a los hijos «*Mamita*» o «*Papito*» pero lo inusitado del cambio de género la hace pensar que para su madre Martín representa a la abuela. Yo agregaría que al ubicar al hijo en una posición femenina, representando a su abuela, la madre trataría quizás de evitar la identificación con el tío muerto. Deseo de salvar a Martín, atrapado en una encrucijada de deseos. A medias logrado, a medias la colonia, a medias el nombre: mitad Marcos. Y así E. Pérez de Plá puede afirmar: «*Desde antes de nacer Martín debía morir a medias [...]*».

En las sesiones se juegan, se actúan, las versiones de Martín de los cuentos infantiles. En ciertos momentos, representa algún personaje femenino como Blancanieves, alternando en otros con roles masculinos. Creo que sus identificaciones primaria y secundarias se entretajan desde un comienzo mítico, fallidas, a medias, marcadas por los deseos de los que Martín es efecto y efector.

Verse mujer

«Matar al sueño es matarnos. Es mutilar nuestra alma. El sueño es lo que tenemos de realmente nuestro, de impenetrablemente e inexpugnablemente nuestro [...] Sólo lo que soñamos es lo que verdaderamente somos Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Una analizante sueña que arrojan a un hombre a un sótano. Muere pero revive como mujer. Esta paciente, que tiene varias hermanas pero ningún hermano, fue deseada varón por su madre. En un sector de un grabado que tengo en mi consultorio pueden verse dos figuras femeninas (cabeza y parte del busto), una de las cuales está invertida, como en espejo, con respecto a la otra. Después de relatar el sueño me dice sorprendida que siempre había creído que la imagen invertida era de un hombre; recién ahora puede verla (verse) mujer.

Deseada hombre por su madre —transmisora a su vez del deseo del padre— no podía verse en la mirada de aquella como mujer. Lo que le provocó —además de perturbaciones en su identificación primaria una gran dificultad para lograr su identidad femenina. El trabajo de análisis le permitió comenzar a verse mujer. El sueño —a mi parecer descubre a posteriori ese momento mítico de los orígenes en el cual las identificaciones empiezan a procesarse en inter–acción recíproca. Debe revivir, volver a nacer, porque ya entonces la mirada de la madre está ejerciendo su efecto. Mirada que en otra paciente «vio» un pene donde no se encontraba. Cuando nació su segunda hija creyó que era un varón desmintiendo transitoriamente la castración —de acuerdo a su deseo—.

¿Qué sucede con las identificaciones cuando el hijo no es deseado? ¿Cómo inviste la madre —no sólo sexual sino también narcisísticamente— al hijo cuyo sexo es el opuesto al deseado y los padres no han podido realizar el trabajo de duelo por esta pérdida?

III. Un sueño horrible

«¿Has pensado ya, / oh Otra, /

cuán invisibles somos los unos para los otros?

¿Has meditado ya cuánto nos desconocemos?

Nos vemos y no nos vemos. Nos oímos y cada uno escucha tan sólo una voz que

está dentro de él.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

«*Tuve un sueño horrible*» dice una paciente. Ella y su hermana están mirándose en el espejo de una cómoda. No puede verse en la parte del espejo que le corresponde, en tanto su hermana sí en la de ella. La empuja, quiere desplazarla para así poder verse en el sitio de la otra. Esta cae debajo de la cómoda y, furiosa con la analizante, trata de sacarse la cómoda de encima. Cree que si lo consigue la va a matar. Entonces la ataca con una espada de San Jorge (la planta) o con un cucurucho para matarla. Los asocia con un pene. Se despierta agitada y con taquicardia.

Lucha de vida o muerte: ella o su hermana. Siente que no vive, no existe, si no es mirada por su madre, si no se ve mirándose en la mirada de su madre. Si su madre sólo ve, solamente mira, a su hermana. ¿Para ser, existir, es necesario que ocupe el lugar de ésta frente a aquella, atrayéndola con un pene ilusorio —emblema imaginario de sus aspectos masculinos—, señuelo que le permite, en el mismo movimiento, constituirse en el falo ansiado por su madre?

La encrucijada y la cita

«Al final de este día queda lo que quedó de ayer y quedará de

mañana:

al ansia insaciable e innúmera de ser siempre el mismo y otro.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Juicios de atribución y de existencia; afirmación, simbolización primordial; negación; introducción—exclusión en el lenguaje de la pulsión oral; in—corporación (hacer cuerpo). Tiempo mítico en que se va estableciendo la estructura del sujeto. Configuración —no exenta de riesgosos avatares, de apropiaciones debidas y necesaria discriminación— de sus identificaciones en una matriz simbólica, proveniente del deseo de la madre. Para M. Klein (1955), «[...] *la proyección y la introyección interactúan desde el comienzo de la vida*».

El fantasma, el objeto transicional, la realización alucinatoria de deseo, generan

continuidad, hacen puente entre el «adentro» y el «afuera». El fantasma, además, enlaza los diferentes sistemas. ¿Podríamos considerar al objeto transicional —creación que no es un objeto interno ni exterior— un mediador de las identificaciones, en la medida en que se origina soportando la ilusión de una superposición entre la realidad exterior y la capacidad del sujeto de crear?

Las identificaciones también vinculan el «adentro» y el «afuera», al sujeto con el otro. Zona de confluencia, encrucijada donde los cruces se citan y hacen citas. Un rasgo del semejante —rasgo único— produce una intertextualidad e «intertexturidad» con el sujeto en un cuerpo a cuerpo en que el cuerpo se hace texto y textura. La cita de un texto in-corporada a otro provoca la emergencia de un sentido nuevo. Algo de este orden ocurre en la identificación: el rasgo del cual el sujeto se apodera, desplazado desde el objeto y condensado en el sujeto, crea un sentido original. Metáfora y metonimia, gestoras de un proceso que es creación y creador; trabajo del aparato psíquico. Tengo ciertas coincidencias con J. McDougall (1973) en tanto que, según ella, la identificación —por la que se integra la diferencia— «[...] es *acto creador con el cual el sujeto se convierte en sujeto y objeto a la vez, con el fin de atravesar el espacio que separa el ser del otro* [...]». Sólo que la integración de la diferencia instala —por ese mismo acto— una nueva diferencia. Juego de significantes en que el sujeto es —de acuerdo al conocido aforismo de Lacan— lo que un significante representa para otro significante.

«Sobre el prójimo [...] aprende el ser humano a discernir [...] el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio.» (S. Freud, 1950[1895]). En este pendular de percepciones y recuerdos se va estructurando el ser humano en las ineludibles vicisitudes de su relación con sus congéneres. Freud no olvida el grito, que reconduce a la vivencia de dolor, tan importante para ir trazando los límites. Grito que —al ser vocero del dolor— brota del cuerpo y lo entrama con el lenguaje.

Identificaciones imaginarias y simbólicas

«Tengo mucho frío. Estoy tan cansado en mi abandono. Ve a buscar, oh Viento, a mi Madre.

Llévame por la Noche a la casa que no he conocido... Vuelve a darme, oh Silencio

[...], *mi alma y mi cuna y mi canción con que me dormía.*» Fernando Pessoa

(*Libro del desasosiego*)

Del hijo como falo imaginario (deseo del deseo de la madre) a la castración simbólica. Según Lacan (1957—1958), «*para agradar a la madre, es preciso y es suficiente con ser el falo [...]*». En el estadio del espejo se constituye el yo ideal —conformado como ilusoria unidad—y el deseo como deseo del Otro: el infans desea ser lo que el Otro desea, lo que le falta: el falo. Esta falta real es la privación (en lo real, donde nada puede faltar) de un objeto simbólico, de un significante —el falo— cuya significación es de privación. El infans se identifica con el falo y demanda amor a su madre, signo del cual es el don: pecho simbólico, don de la madre real. Puede otorgarlo o rehusarlo; puede «jugar» a darlo y denegarlo, creando un espacio de ilusión y desilusión, dando paso así a la discriminación y la identificación.

Refiriéndose al discurso infantil, M. Casas de Pereda (1993) afirma que «[...] *el juego es discurso a través del cual el sujeto se realiza*». El juego de la madre es discurso que vehiculiza su deseo. Y el encuentro de discursos —de deseos— va a pautar la realización del sujeto.

La metáfora paterna, la castración simbólica, instaaura el deseo. Represión primaria, acceso al orden simbólico, que posibilita las identificaciones simbólicas, secundarias, instituidas por introyección. En el psicótico, la forclusión —al clausurar el ingreso a este orden— impide la génesis de tales identificaciones. El psicótico se identifica por proyección —identificación imaginaria— con Napoleón, Jesucristo, etc., para existir, ser alguien. Su identidad es lábil, su ser en el sentido de existencia está impregnado de lo imaginario, dependiendo masivamente, ineluctablemente, del otro, de una imagen ortopédica de sí mismo que aplace su descalabro, su fragmentación.

Sujeción concomitante a la mirada del otro. «*Si no me dejan pasar no existo*»: este paciente psicótico no se sentía existente si no era mirado, si no era reconocido. Los conductores debían dejarlo pasar cuando cruzaba la calle. «*Cuando miro se me ve, y por lo tanto existo.*» (D. W. Winnicott, 1971). Una paciente iba todos los días a ver (mirar) a su madre (mirarla) para tener la seguridad de su propia existencia. «*La sola visión de la imagen en el otro no es suficiente para constituir la imagen del cuerpo propio. [...] La eficacia de la identificación viene de la mirada en el campo del Otro [...]*». (P. Julien, 1985).

En el sujeto neurótico la búsqueda de su identidad (de su existencia como alguien discriminado, de su alteridad) y de su identidad sexual se corresponden. Quizás se podría pensar de esta manera el contacto con los travestis en el analizante al que me

referí anteriormente. En el neurótico la simbolización, de todos modos, va a sufrir perturbaciones debido a que siempre existirá un desfallecimiento en la función simbólica del padre real. Función proveniente del padre muerto, asesinado por la banda de hermanos (padre simbólico). ¿Las identificaciones secundarias (simbólicas) no podrían, pues, constituirse plenamente?

Desiderium: deseo y duelo

(amor y muerte —ausencia—)

«El amor quiere la posesión, pero no sabe lo que es la posesión.

Si yo no soy mío, ¿cómo seré tuyo, o tú mía?

Si no poseo mi propio ser, ¿cómo poseeré un ser ajeno?

Si ya soy diferente de aquel al que soy idéntico,

¿cómo ser idéntico a aquel de quien soy diferente?»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

La palabra es el asesinato de la cosa. Muerte ofrendada al deseo para su eternización. Deseo y muerte, operarios imprescindibles en la construcción de las identificaciones. Muerte que está en el horizonte ya desde el comienzo de la vida y que resignifica —en una anticipación lógica el devenir histórico del sujeto. Muerte que es ausencia detrás del espejo, que es límite, finitud, separación, engarce con lo simbólico.

Desiderium: deseo y duelo, ensamblados en el juego del carretel. Deseo de la madre ausente, perdida; trabajo de duelo enraizado en la figuración de la oposición simbólica (presencia—ausencia) por el carretel y el antagonismo fonemático o—a (fort—da). Juego del niño ante el espejo, haciendo desaparecer su imagen. Deseo y duelo (con)jugando su papel en las identificaciones en torno del objeto perdido.

La estructura edípica, presente en la conocida afirmación de Freud a Juanito, enmarca la escritura errática y diversa del complejo. El deseo de la madre, existente (y eficaz en la estructura) también desde antes de que su hijo nazca, es determinante en el encuentro de ambos. Ella lo inviste con libido narcisista y sexual, entramándose las identificaciones primaria y secundarias. [...] *la madre es el primer objeto para la identificación del niño, sea por proyección o introyección.*» (M. Klein, 1955).

Amor e identificaciones se entrelazan. Es fecundo el concepto freudiano de una libido

única que inviste tanto al yo como a los objetos, oscilando entre aquel y estos. Aproximación y distanciamiento. Pero siempre presencia forzosa de un otro, campo de lo transindividual, indispensable en la constitución del yo. *«La madre escribe en el cuerpo de su hijo [e inscribe en su psiquismo] con el propio cuerpo de su historia personal, generacional, de su impronta identificatoria, de sus ideales, de su superyó, de sus límites, de su castración simbólica, en fin, de su modo de amar; que es el decantado anudado de su estructura.»* (M. C. de Pereda, 1993).

La vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario, mecanismos primitivos descritos por Freud, quizás puedan considerarse en relación a una función estructurante del sujeto en el estadio del espejo de Lacan. M. Casas de Pereda (1993) señala que los mismos —propios de un ámbito dual— participan, en inter-relación dinámica con otros factores, en la estructuración psíquica. Freud (1923) en «El yo y el ello» articula las identificaciones con las representaciones de los objetos incestuosos resignados y el retorno de la libido sobre el yo. En «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915) sostiene la existencia de pulsiones sexuales que tienen un objeto externo de entrada. El sádico se identifica con el masoquista y viceversa. Lo mismo ocurre con el exhibicionista y el «voyeur». ¿No podría pensarse que este movimiento de investiduras libidinales de vías recíprocas, puesto en marcha desde los primeros momentos, contribuye a que las identificaciones se vayan procesando? J. Lacan (1948) describe el transitivismo durante el estadio del espejo: un niño le pega a otro y afirma que el otro le pegó. En su fantasía, el doble movimiento de la pulsión hace de charnela entre el sujeto y su semejante. Se facilitan de este modo las identificaciones que lo van constituyendo en su relación con el otro.

Para Freud (1923), la identificación primaria es la identificación con el padre de la prehistoria personal, que antecede al reconocimiento de la diferencia de sexos. Previa al Edipo, al ingreso en la historia, a la diferenciación sexual castración mediante. Creo que son tiempos lógicos y no (solamente) una sucesión cronológica de acontecimientos. La distinción de los sexos está ya esbozada desde los comienzos. La castración posibilita identificaciones simbólicas que no sólo resignifican sino que reorganizan las anteriores. El propio Freud (1923) nos habla de la identificación del varón con el padre antes del nacimiento del complejo de Edipo.

Bibliografía

1. **Casas de Pereda M.** Sobre las identificaciones. Un desarrollo freudiano. Temas de psicoanálisis. 1986;(7):89—97.
2. **Casas de Pereda M.** Estructuración psíquica. Rev. Urug Psicoanálisis 1992;76:83—94.
3. **Casas de Pereda M.** La neurosis hoy. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993:25—38.
4. **Castoriadis-Aulagnier P.** Observaciones sobre la estructura psicótica. 1963. En: Varios autores. Psicoanálisis de la psicosis. Carpeta de Psicoanálisis 1. Buenos Aires, Letra Viva, 1978.
5. **Freud S.** Proyecto de psicología. 1950 (1895). Obras Completas. Volumen 1. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1982.
6. **Freud S.** Tres ensayos de teoría sexual. 1905. Obras Completas. Volumen 7. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1978.
7. **Freud S.** Pulsiones y destinos de pulsión. 1915. Obras Completas. Volumen 14. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979.
8. **Freud S.** El yo y el ello. 1923. Obras Completas. Volumen 19. Buenos Aires Amorrortu editores, 1979.
9. **García J.** El narcisismo en las neurosis. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993:295—303.
10. **Gil D.** El yo y la identificación primaria. Temas de psicoanálisis. 1988; 10:39—46.
11. **Julien P.** El retorno a Freud de Jacques Lacan. La aplicación al espejo. 1985. México, SITESA, 1992.
12. **Klein, M.** Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. 1952. En: Desarrollos en psicoanálisis. Buenos Aires, Ediciones Hormé S. A. E., 1971.
13. **Klein M.** Sobre la identificación. 1955. Obras Completas. Volumen 1V. Nuevas direcciones en psicoanálisis. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965.
14. **Lacan J.** La agresividad en psicoanálisis. 1948. En: Escritos II. México, Siglo Veintiuno Editores S. A., 1975.
15. **Lacan J.** Las formaciones del inconciente. 1957—1958. Transcripción de Pontalis, J. B. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1977.
16. **Martínez de Bagattini C.** En los límites entre la perversión y la neurosis. Dos mundos en el mundo. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica

- del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993; p. 329—338.
17. **McDougall J.** Hermafrodita y la masturbación. 1973. En: Alegato por cierta anormalidad. Barcelona, Ediciones Petrel, S. A., 1982.
 18. **Nasio JD.** El magnífico niño del psicoanálisis. Barcelona, Editorial Gedisa S. A., 1986.
 19. **Pérez de PLA. E.** Genealogía e historización en la psicosis infantil. 1991. Rev. Urug Psicoanálisis 1993;77:9—22.
 20. **Pessoa F.** Libro del desasosiego. Barcelona, Seix Barral, 1991.
 21. **Sapriza S.** Lo transgeneracional y las identificaciones alienantes. Rev. Urug Psicoanálisis 1993;77:57—71.
 22. **Vallejo A.** Topología de **J. Lacan** —del Narcisismo-. Buenos Aires, Helguero Editores, 1979.
 23. **Winnicott DW.** Realidad y juego. 1971. Barcelona, Gedisa, 1979.